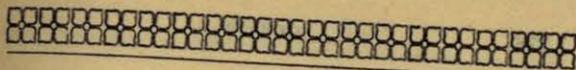


da, y el otro tan penetrante, tan perspicaz! Iba á saber si su amor había sido ó no adivinado por Olivier, y si aquel hombre había prevenido á su amigo contra ella para vengarse. Al oír el paso de Pedro, furtivo y lento, sobre la arena, su corazón palpité con tal fuerza, que escuchó su latido en el silencio del invernadero. Estaba allí. Sintió que su mano respondía cariñosamente á la suya. La tomó en sus brazos. Buscó su boca, y sus labios se unieron en un beso, en el que ella le poseyó hasta el fondo del alma. —*El otro no ha hablado*—pensó—. Por las mejillas de la mujer amorosa corrieron lágrimas, lágrimas cálidas que el amante enjugó con sus labios, preguntándola:

—Pero ¿lloras? ¿Qué tienes?

—Te amo—respondió ella—. Lloro de alegría.



VIII

EL AMIGO Y LA QUERIDA

Olivier Du Prat creía conocerse muy bien. Era una de sus pretensiones, justificada á menudo. Por su gusto, manía casi, de analizar su vida; por su afán de emociones y la imposibilidad de fijarse jamás en ninguna; por su ineficaz lucidez sobre sí mismo; por su complacencia en las inclinaciones mórbidas, inquietas, de su propia naturaleza, era realmente, como había dicho á Hautefeuille, un niño de este fin de siglo. Tenía de esta edad, tan profunda y trágicamente turbada que atravesamos, un signo funesto, que es la marca infalible de la decadencia en una raza: *no sabía curar*. La fuerza de la vida, lo mismo para un cuerpo que para un alma, para un país como para un hombre, no está en la ausencia de llagas, sino en la capacidad para cerrar las que se abren. Olivier carecía de tal modo de esta capacidad, que hasta al pensar en las lejanas miserias de su infancia se le presentaban con tal fuerza que le causaban daño. Al recordar la víspera á Pedro su paseo por las montañas de Auvernia, había pensado en voz alta, como sin cesar pensaba bajo, con una poderosa imaginación,

haciendo revivir los hechos, los instantes, reanimándolos, y sin cesar agotando en sí, por aquella evocación de la sensibilidad pasada, toda la sensibilidad presente. En el sitio donde una vez había sido herido no dejaba que se formase la cicatriz, y sus más antiguas llagas estaban siempre en disposición de sangrar.

Esta desdichada particularidad le hubiera hecho sensible en cualquier circunstancia un encuentro con la señora de Carlsberg, aun no estando mezclado á este asunto su más querido amigo de la juventud y aun ignorando que éste estaba enamorado de Ely. ¡Sabía que era tan tierno de corazón, tan vulnerable! En esto aún era víctima de una anomalía de sensibilidad retrospectiva: la exaltada amistad que sentía por Hautefeuille, es más bien un sentimiento de los dieciocho años que de los treinta. En la primera juventud, cuando el alma es toda inocencia, toda frescura y toda pureza, es cuando aparecen, para desaparecer en seguida, esos fervores del compañerismo, esos entusiasmos de fraternidad electiva, esa amistad apasionada, susceptible, absoluta. Más tarde, el interés y la experiencia individualizan la persona y la aíslan: la comunión completa de un alma con otra alma no aparece más que en el amor, y la amistad no basta al corazón. Va á ocupar un lugar segundo con los afectos de familia, que también ocuparon un lugar único en el niño y el adolescente. Sin embargo, encuéntrase algunos hombres, y Olivier era uno de ellos, en los que la impresión producida por la amistad á los dieciocho años ha sido demasiado fuerte, demasiado profunda, demasiado delicada, sobre

todo para que no deje huella inolvidable, ó más exactamente, incomparable. Pueden estos hombres haber, como Du Prat, sentido ardientes pasiones, sacudidas de amor febril, haberse arriesgado á las más locas aventuras; pero la verdadera novela de sus sentimientos no está en esto. Está en aquellos momentos pasados en que se lanzaban á la vida, pensando en el porvenir, con un amigo, con un hermano de elección, en compañía del cual han realizado por un instante la fábula sublime de La Fontaine, la unión total de espíritus, de gustos, de esperanzas:

Nada poseía el uno que no perteneciera al otro.

Este compañerismo había sido para Olivier y Pedro á modo de cimiento sagrado: no fueron únicamente compañeros de ideales, sino hermanos de armas. En 1870 tenían diecinueve años. A la primera noticia del inmenso naufragio nacional, ambos se alistaron y juntos hicieron la guerra. La primera nevada en el invierno de aquella terrible campaña les encontró en el Loira, y fué como el bautismo de la amistad de dos colegiales convertidos en soldados de un mismo batallón. Aprendieron á estimarse el uno al otro tanto como se amaban, arriesgando juntos su vida de un modo sencillo, valiente y obscuro. Se ha visto que en los dos permanecían vivos é intactos estos recuerdos de su juventud; pero en Olivier más aún, por ser los únicos á los que no se había mezclado ninguna amargura ni tristeza. Antes de ellos, huérfano de padre y madre y bajo la tutela de un tío horriblemente egoísta, no conoció más familia que sus tristezas. Después de ellos, sensual y celoso, desconfiado y desesperado, no había conocido el amor más que en sus

odios y acritudes. ¿Es preciso más para demostrar hasta qué punto aquel sér ilógico y apasionado, desencantado é inquieto, debía conmoverse ante la sola idea de una mujer que se erguía repentinamente entre su amigo y él? Y ¡qué mujer, si era la señora de Carlsberg! ¡Tan odiada, tan despreciada, tan condenada por él en otra época!

Durante la noche que siguió á la tarde de su primera sospecha—noche pasada en discutir una por una las probabilidades de unas relaciones amorosas entre Ely y Pedro—, la imaginación de Olivier no tenía más que dos conclusiones precisas, basadas en el carácter de su amigo y en el de su antigua querida. El carácter de su amigo le hacía temerlo todo por éste: el de Ely le hacía temerlo todo de ella. También sobre este punto eran complejos sus sentimientos. Estaba persuadido de que Ely había tenido un amante antes que él, lo que le hizo sufrir mucho. Estaba persuadido de que había tenido otro amante al mismo tiempo que él, y con esta certeza la abandonó. Engañábase, pero de buena fe, y por efecto de algunos indicios de coquetería, prueba bastante para convencer á un celoso. Resultado de esta doble convicción era el rencor que la guardaba, esa inexplicable amargura que nos obliga á envilecer en nuestro pensamiento una imagen que comprendemos con desesperación no puede nunca llegar á sernos indiferente. Hubiera considerado como terrible desgracia para cualquiera unas relaciones con criatura semejante, y veía que se había hecho amar por su amigo, ó, al menos, que podía hacerse amar por él. Despreciando tanto á aquella mujer, presentía Olivier lo que al

principio fué verdad, aunque por poco tiempo. Ely había querido vengarse de su abandono: le había guardado el rencor que él la guardaba á ella. Sí..., había querido vengarse de un modo que á él le parecía criminal y refinado.

Así razonaba Du Prat; y por más que sólo se trataba de hipótesis, experimentaba á la vez un violento dolor y una especie de enfermizo pero irresistible atractivo, que le hubiese espantado de darse cuenta cabal de su naturaleza. Suponer que la señora de Carlsberg se había vengado de él, y de aquella manera calculada, era suponer que no le olvidaba. El corazón humano es tan extraño, que después de ultrajar á su antigua querida durante todo el tiempo de sus relaciones, después de abandonarla sin despedirse, la idea de que para ella no había muerto, agitaba su amor propio. Peciso es añadir—pues en almas como la suya, sin principios fijos y desorganizadas á cada instante por el choque de las más lejanas impresiones, toda crisis moral se complica con los muchos elementos contradictorios—, que estaba en uno de los peores instantes porque puede atravesar una existencia conyugal. Los matrimonios por cansancio, como el que confesaba haber contraído son bien pronto castigados con pena peor que las peores catástrofes: el profundo, el incurable fastidio. El hombre de treinta años que se cree disgustado para siempre de las pasiones, y que, tomando por juicio este disgusto, arregla su vida, no tarda en descubrir que estas pasiones le faltan, como la morfina al morfínmano al que se ha quitado la jeringuilla Pravaz, como el alcohol al borracho puesto al régimen de

agua clara. Siente la nostalgia de aquellas emociones malsanas, cuya dolorosa esterilidad ha reconocido y condenado. Si es permitido plagiar una brutal pero exactísima comparación de la patología moderna, diremos que viene á ser el más favorable terreno para el cultivo de todos los gérmenes mórbidos que flotan en la atmósfera; y en la época en que todo parecía anunciar una paz definitiva de su destino, se producen en tales seres hondas agitaciones, como en Olivier sucedía, tan rápidas, tan rudas, que los testigos y las víctimas de estas repentinas explosiones de enfermedad quedan casi más desconcertados que desesperados.

Había, pues, pasado la noche discutiendo consigo mismo todos los detalles, significativos ó no, observados por la tarde y durante la velada, desde el momento en que había notado la extraña intimidad de Pedro con Corancey, hasta aquel en que fué al cuarto de su amigo con la esperanza de una explicación, encontrando aquél vacío. A eso de las cinco se durmió, con ese corto y pesado sueño que se tiene en el tren por la mañana. Tuvo un sueño de acuerdo con las preocupaciones de su insomnio, como era lógico, pero que exasperó aún más su inquietud por parecerle presentimiento. Vióse junto á Ely de Carlsberg, en Roma, en el saloncillo del palacio donde ella le recibía otras veces. De repente llegaba su mujer conduciendo á Pedro de la mano. Deteníase éste como espantado y quería gritar. De pronto la parálisis le acometía, inmovilizando sus piernas, sacando fuera de su órbita su ojo izquierdo, torciendo su boca, de la que no se escapaba palabra alguna. La ansiedad de

la pesadilla fué tan fuerte, que perseguía á Olivier una vez despierto. Sentíase tan mal, que quiso salir antes de ver á su esposa. La escribió cuatro letras diciéndola que tenía algo de jaqueca, y temía molestarla tan de mañana; que á las nueve regresaría para el desayuno; pero que si tardaba no le aguardase. Esperaba que el paseo calmaría sus nervios excitados, y que estaría tranquilo aquel día, que debía ser decisivo. La marcha forzada era su gran remedio en crisis parecidas, y quizás lo hubiera sido entonces á no haberse encontrado á las diez en la entrada de la calle de Antibes, el más animado y elegante sitio de Cannes. La calle, en aquel momento, estaba llena de fresca sombra y como vivificada por una de esas brisas marinas que en las mañanas provenzales producen una fiebre de vivir. Las ruedas de los coches parecían rodar con más ligereza que nunca; los cascos de los caballos sonar más sobre el empedrado. Gran número de jóvenes paseaban; la mayor parte eran ingleses que se entregaban al ejercicio después del *breakfast* y antes del *lunch*. Abordaban á las jóvenes, con las que sin duda la víspera habían concertado aquel encuentro. Otros dirigíanse rápidamente á la estación con objeto de no faltar al tren de Niza y de Monte-Carlo, y todos, por su paso, por sus modales, daban la impresión de una vida frívola, pero muy divertida, que Olivier debía sentir con más intensidad por haberla vivido en otra época. Mañanas semejantes se evocaron en su pensamiento: era en Roma, y hacía dos años. El azul del cielo era el mismo. En las calles sopla la misma brisa fresca junto á un sol abrasador. Los carruajes y los paseantes iban y venían

con igual alegría. Él iba á alguna cita con Ely, y en la plaza de España compraba flores para adornar la habitación donde debía reunirse con ella. Maquinalmente, por esa parodia de nosotros mismos, á la que á veces nos arrastra el recuerdo, entró en la tienda de un florista de la calle de Antibes, que le había producido por un momento la ilusión del Corso romano. Las rosas, los claveles, los narcisos, las anémonas, las mimosas, las violetas, estaban colocadas sobre el mostrador, gloriosa prodigalidad de aquel suelo, que desde Hyères hasta San Remo no es más que un magnífico jardín extendido á orillas del mar, y la tienda estaba llena de un penetrante y dulce aroma que semejava á los olores respirados en otra época á la hora de los besos. El joven tomó al azar un manojo de claveles rojos. Salió llevándolos en la mano. Después pensó. «No tengo á nadie á quien ofrecérselo.» Por contraste, las imágenes de su amigo y de la señora de Carlsberg se presentaron ante él, y sintió, sobre todas las singulares emociones que sentía desde hacía dieciséis horas, otra emoción aún más inesperada: unos celos instintivos, irrazonados. Encogióse de hombros, y estuvo á punto de arrojar los claveles al arroyo; después, con una de aquellas ironías solitarias, que eran en ocasiones alivio para el extremo cansancio de su corazón, pensó: «Tú lo has querido, Jorge Dandin. Ofreceré estas flores á mi mujer, y me servirán de excusa para haber salido del hotel sin saludarla.»

Cuando entró en su habitación del hotel para ejecutar aquel proyecto, tan burgués para él, Berta estaba sentada ante su escritorio. Escribía una carta,

con una delgada y alta letra de carácter impersonal, sobre una cartera de viaje, en torno de la cual multitud de pequeños objetos estaban ya colocados: un reloj, retratos con marcos de cuero, el libro de señas, el *block* para notas, como si la joven hubiera habitado allí, no desde algunas horas, sino desde algunas semanas. Vestía un traje de corte de sastre, que había elegido entre otros, con la idea de que su marido volvería seguramente para hacerla visitar á Cannes. Después, viendo que no regresaba, despachaba su correspondencia retrasada con una calma aparente que engañó á Olivier. Cuando éste entró, Berta no hizo ningún gesto de contrariedad ó de reproche. Su rostro permaneció frío. Desde los primeros días de su matrimonio, los dos esposos habían comenzado á vivir en aquel estado de intimidad distante, que es la más excepcional de todas las formas de existencia conyugal y la más contraria á la naturaleza en sus comienzos. Preciso es haber contraído un matrimonio en las circunstancias de Olivier, para saber que el único remedio á la incompatibilidad de caracteres es la política. Por lo menos resuelve las dificultades del continuo roce, tan intolerables cuando el amor falta, como la continua presencia es dulce y necesaria á los matrimonios felices. Pero, ¡cuántas veces esta política oculta en uno de los esposos todas las violencias de la pasión, contenida porque es desconocida! ¿Sucedió esto á Berta, á aquella niña de veintidós años, tan dueña de sus impulsos, que parecía indiferente? ¿Sufrió por causa de su marido sin demostrárselo á éste? El porvenir lo diría. Al presente era una mujer demundo en viaje, de aspecto correctísimo,

que presentó su frente á su dueño y señor, sin proferir una queja, sin señal alguna de sorpresa, cuando él dijo.

—He dejado pasar la hora del desayuno. Supongo que no me habrás esperado. Para que me perdones te traigo estas hermosas flores.

—Muy hermosas, en efecto — respondió Berta, oliendo el ramo.

El brillante rojo de los claveles hacía resaltar los tonos fríos de su tez de rubia, que parecía llevar nieve en la sangre. El azul de sus pupilas tenía algo de metálico, de resplandeciente, donde parecía no haber gérmenes de lágrimas; y no obstante, en la manera como aspiraba el aroma de las flores ofrecidas por su marido, adivinábase una excitación nerviosa, tal vez una emoción. Pero ni huella de ellas hubo en su acento al preguntar:

—¿Has salido sin tomar nada? Esto no es razonable. ¿Se te ha pasado la jaqueca? ¿Has dormido tan mal esta noche! Te he oído pasear por el cuarto.

—He sufrido de insomnio, en efecto—respondió Olivier—. No es nada. El aire libre de la mañana me ha aliviado. ¿Has visto á Hautefeuille?—añadió.

—No—dijo Berta secamente—. ¿Dónde había de verle? No he salido.

—¿Y no ha mandado á preguntar por mí?

—Que yo sepa, no.

—Tal vez no está bien—dijo Olivier—. Si me lo permites, voy á enterarme.

Abandonó el salón. Largo rato permaneció la joven en actitud meditabunda, con la frente apoyada en la mano. Sus mejillas estaban encendidas, y aunque

no lloraba, su respiración agitada era indicio de que su corazón estaba oprimido. Ausente Olivier, era otra mujer, que se entregaba por completo al sentimiento singular que su marido la inspiraba. Sentía por él un afecto no comprendido, que, no atreviéndose á revelarse ni en ternuras ni en reproches, exasperábase en una irritación constante. En tal estado de ánimo, la amistad que Olivier demostraba por Pedro tenía que serle poco simpática, y sobre todo desde su viaje á Cannes, que dilataba su vuelta, cuando ella ardía en deseos de volver á ver á su familia. Como todas las mujeres jóvenes que se casan con un hombre que pertenece á una sociedad distinta de la suya, el pasado de su marido la producía hondísima inquietud. Una de esas medio confianzas que aún los hombres más callados se permiten en la expansión del día siguiente al de su matrimonio, la había hecho conocer que Olivier había sufrido en los últimos tiempos de su juventud un desengaño amoroso muy cruel. Otra medio confianza hízola comprender que aquella aventura tuvo á Roma por teatro, y la heroína fué una gran señora extranjera. Olivier había olvidado estas dos revelaciones imprudentes; Berta, no. Retuvo esas dos confesiones, uniéndolas, completándolas con ese trabajo de mosaico en que las mujeres descuellan, recogiendo éste y el otro detalle, en las conversaciones más insignificantes, para completar su obra mental. De este modo llegan á inducciones en que no las igualan los más hábiles policías, ni los más sutiles sabios. Olivier no sospechaba nada de este oscuro trabajo del pensamiento de Berta, y menos que hubiera descubierto el nombre de su querida, tan reve-

lador por su singularidad. Véase cómo: al casarse Olivier, había destruido gran número de cartas y arrojado al fuego muchas flores marchitas y muchos retratos. Pero su mano había temblado ante alguna de aquellas reliquias de una juventud atormentada, desdichada, pero *su* juventud. Había conservado una fotografía de la señora de Carlsberg, un perfil perdido, tan bello, de tal pureza de líneas, tan semejante al de una medalla antigua, que el joven no se había decidido á arrojarle al fuego, guardándole en un sobre; la casualidad de una visita recibida en aquel momento habíale obligado á meter el sobre en una cartera donde guardaba papeles de negocios corrientes. Allí le había olvidado, sin que notara su distracción hasta que llegó á Egipto. Aún después tuvo la idea de quemar el retrato, pero no pudo. En el mundo cosmopolita, en que su cargo de diplomático le había hecho vivir, es costumbre en las mujeres dar su fotografía con su firma á los amigos, y á los conocidos á veces; por consecuencia, el nombre de Ely, escrito al pie del retrato, nada significaba. Berta no descubriría nunca este retrato, y si le descubría, la costumbre dicha salvaría á Olivier de la duda de su mujer. Puso, pues, de nuevo el retrato donde estaba. El suceso que él había considerado como poco probable, se produjo un día de la manera más sencilla. Estaba ausente del hotel. Era la época de su parada en Luqsor. Berta, que durante el viaje llevaba sus cuentas con minuciosidad nativa y adquirida, al buscar una nota de su marido, miró en los bolsillos de la cartera y encontró el retrato. Únicamente la segunda parte de la presunción de Olivier no se había realizado. Berta

no le preguntó nada. La presencia de aquel retrato entre los papeles de Olivier, la soberana y singular belleza de aquel rostro de mujer, la novedad del nombre extranjero, la elegancia del tocado, el lugar, en fin, de donde venía la fotografía—Roma—, le habían dicho á la joven que allí estaba la misteriosa rival que ocupó tanto lugar en el pasado de su marido. ¡Pensaba en ella tan frecuentemente! Pero, ¿cómo hablar del caso á Olivier sin que éste sospechara que Berta había espiado su secreto revolviendo intencionadamente sus papeles? Y además, ¿qué podía preguntarle que no adivinara después de lo que sabía á medias? Calló, pues, guardando en su corazón la quemadura de su ansiosa y mortal curiosidad. Bastaba con esto para que, al verle la víspera salir con su amigo íntimo, se dijera: «Van á hablar de *ella*.» ¿Quién podía recibir las confidencias de Olivier mejor que Pedro? ¿Era precisa otra razón para justificar una verdadera antipatía? Había visto la agitación de su marido al regresar de aquel paseo, y se dijo: «Han hablado de *ella*.» Por la noche le oyó pasear por su cuarto, y se dijo: «Piensa en *ella*.» Y he aquí por qué permanecía, ante la puerta cerrada ahora, sola, con la frente apoyada en la mano, inmóvil, sintiendo que su corazón latía como si fuera á romperse, y experimentando un odio real hacia aquel amigo que sabía lo que ella ignoraba, y adivinando, á fuerza de reconcentrada reflexión, una parte de la verdad. ¡Cuánto mejor hubiera sido para ella, para Olivier y para todos, que la supiese entera!

Apresuradamente latía también el corazón de Oli-

vier cuando, después de haber llamado á la puerta de la habitación de Pedro, oyó la respuesta.

—Adelante—dijo el segundo.

A las once aún no se había levantado. Se excusó.

—Son costumbres meridionales. Bien pronto seré como uno de los Werekiew establecidos aquí. El otro día le encontró Corancey en la cama á las cinco de la tarde. «—Ya sabe usted—dijo Werekiew—que en Rusia no se madruga.»

—Haces bien en cuidarte—dijo Olivier—, puesto que has estado tan enfermo.

Dijo esto un poco al azar y por no saber qué decir. ¡Cuánto deseaba que el otro le respondiera refiriéndole su salida de la noche anterior!

Pero no. Un ligero rubor cubrió las mejillas de Pedro. Esto fué todo, y era bastante para que á Olivier no le quedase duda alguna del verdadero motivo de aquella salida. Entre las dos alternativas repentinamente imaginadas cuando encontró vacío el cuarto, su pensamiento acababa de elegir. La evidencia se le imponía, Pedro tenía una querida, y había ido aquella noche á una cita con ella. Miraba en aquel rostro joven que se destacaba sobre la almohada las huellas de una voluptuosa laxitud impresas en todo él: la órbita de los ojos estaba como hundida; la tez indicaba esa fatiga momentánea de la sangre, que sigue á las horas de delicioso amor; en sus labios dibujábase una sonrisa de dicha y languidez. Mientras comenzaban á hablar de cosas indiferentes, Olivier devoraba con los ojos aquellas indiscutibles señales. Producíanle un dolor cautérico, y á la idea de que las caricias por las que Pedro estaba aun embriagado podían

haber sido prodigadas por Ely, sentía una punzada de dolor en el pecho y deseos de gritar. Con el instinto apasionado de una amistad que se inquieta, de unos celos que se despiertan, de una nostalgia de otros tiempos, de una curiosidad que produce fiebre, continuaba su implacable y silenciosa deducción. Sí; Pedro tenía una querida, y ésta era una mujer de mundo, y una mujer que no era libre. Pruebas de esto último eran la hora de la cita, las precauciones tomadas y, sobre todo, aquella especie de orgullo de su secreto que el amante tenía en el fondo de los ojos. Para entrar en su casa, preciso era atravesar un jardín. Al volver, Pedro había arrojado sobre la cómoda el sombrero de fieltro que llevaba para su expedición, y algunas ramillas de los árboles habían quedado sobre el ala, al mismo tiempo que una huecilla verde atestiguaba el roce de las hojas. Junto á este sombrero, el joven había depositado sus alhajas. Al lado de su reloj, de sus llaves y de su portamonedas se encontraba la sortija que el día antes había llamado la atención de Olivier: las dos serpientes enlazadas con cabezas de esmeraldas. Se levantó pretextando pasear por el cuarto; en realidad, para coger aquella sortija, que le atraía de un modo irresistible. Maquinalmente, al pasar por delante de la cómoda, y sin dejar de hablar, la cogió y la tuvo en sus manos un segundo con aire indiferente. Vió que tenía una inscripción grabada en pequeñas letras en su interior: *Ora e sempre*, ahora y siempre. Era una de las frases que el viejo príncipe Fregoso había repetido á propósito de la inmortalidad del arte griego; y en recuerdo de su viaje á Génova, Ely había tenido la idea de